

óricos fundamentales respecto a la cuestión del estatuto epistemológico de la teología pastoral.

De hecho, el capítulo conclusivo recoge sintéticamente dichos núcleos fundamentales, volviendo a hacer presente cómo se sitúa cada autor respecto a ellos. Entre dichos núcleos cabe destacar el peso de la “historicidad” de la acción eclesial, el carácter simultáneamente especulativo y práctico de la verdad, y la necesidad de reconocer el principio propiamente teológico de esta disciplina.

En cierto sentido, tras el recorrido analítico se habría podido esperar una síntesis no sólo comparativa, sino también de propuesta. No obstante, este propósito probablemente excedía la publicación de los resultados de un trabajo de doctorado como el presente, el cual ciertamente constituye una rica fuente de información y una adecuada introducción a la pregunta sobre la identidad y el método de la teología pastoral.

Gabriel Richi Alberti

RICCARDI, A., *Giovanni Paolo II. La biografía* (San Paolo, Cinisello Balsamo 2011). 561 pp. ISBN: 9-788821-568893

La beatificación del papa Juan Pablo II ha promovido, como no podía ser de otro modo, la proliferación de publicaciones sobre su persona y su ministerio: testimonios, estudios específicos sobre uno u otro aspecto de su personalidad o recorrido personal (su poesía, su participación en el Concilio Vaticano II, el significado de su magisterio...), análisis generales de su pontificado... A la cita no podían, evidentemente, faltar los cultores del género “biografía”. Y así, Andrea Riccardi, profesor de Historia Contemporánea y fundador de la *Comunità di Sant'Egidio*, ofrece con el presente volumen una biografía del nuevo beato.

El volumen consta de trece capítulos a lo largo de los cuales se nos presenta la figura de Karol Wojtyła–Juan Pablo II como clave fundamental de lectura de su pontificado. Los títulos de los capítulos, con sus correspondientes parágrafos indicados en el índice general, ofrecen una panorámica completa de los argumentos tratados por el autor: I. *El misterio Wojtyła*, II. *Un hombre y una historia*, III. *Un sacerdote polaco*, IV. *El obispo polaco*, V. *Un papa muy nuevo*, VI. *El atentado y el martirio*, VII. *El difícil Occidente*, VIII. *El gran mundo*, IX. *El marxismo y su imperio*, X. *El líder global*, XI. *La paz y la convivencia*, XII. *Gobierno carismático* y XIII. *La batalla por la vida*. Como se puede ver, tras un primer capítulo dedicado a la elección del papa, los tres siguientes describen el itinerario personal de Wojtyła desde su infancia hasta el mes de octubre de 1978, y los otros nueve afrontan las grandes líneas del pontificado,

con una atención particular – propia del ámbito docente y de investigación del autor – a su significado en referencia a la historia contemporánea.

Para describir la personalidad de Karol Wojtyła, Riccardi hace referencia a un coloquio que tuvo con Giuseppe Lazzatti, que fue rector de la Università Cattolica del Sacro Cuore en Milán, el cual decía: «*Wojtyła es un verdadero hombre*» (24). Esta afirmación puede ser considerada una de las aportaciones más significativas de esta biografía, pues el volumen, acertadamente a juicio de quien escribe, pone de manifiesto la humanidad de Juan Pablo II, que nace de la fe y madura como humanidad creyente, como clave fundamental de lectura y comprensión de su pontificado. De manera sintética expone Riccardi esta clave de interpretación con las siguientes palabras: «*Con Juan Pablo II el “yo” del papa ocupa la cátedra de Pedro. El “yo” del papa no es una extravagancia o un subjetivismo desmedido. Es el yo eslavo, marcado por la dolorosa historia polaca. Es el yo de un católico posconciliar, cuando la identidad católica está en crisis en el mundo occidental. El yo subraya la historia personal, despoja la figura de una aureola antigua, insiste en la subjetividad del testimonio personal. En el “yo” adquiere valor el testimonio personal*» (176). Este aspecto personal del pontificado de Wojtyła se mostrará también en la forma de gobierno, en los viajes, en los encuentros multitudinarios, en la importancia dada a los laicos y las agregaciones laicales... A estos temas está dedicado el capítulo XII del volumen (cf. 468-514). Pero, sobre todo, se mostrará en cómo el beato Juan Pablo II ha afrontado la enfermedad y la muerte (cf. 526-534).

En este sentido, son importantes las referencias a la *polishness* del papa (29), que, aun sin esconder las críticas que ha recibido por ello, es considerada positivamente. Según Riccardi «*el papa considera providencial su origen polaco*» (31). ¿Cómo se explica esta afirmación? Algunas características de la historia polaca, que se reflejan en la personalidad de Wojtyła, pueden ofrecer una respuesta adecuada: la realidad multiétnica de Polonia y el reconocimiento de los judíos como parte de la nación; el carácter popular de la fe cristiana configuradora, en referencia al martirio de san Estanislao, de la identidad nacional; el valor de la cultura para la supervivencia de un pueblo aún en condiciones de sometimiento político; la posición de Polonia en el centro de Europa, hecho que impide aceptar pacíficamente la división establecida en Yalta...

Otro factor que consideramos significativo en la presentación de Wojtyła es el reconocimiento del valor de la amistad en la experiencia humana y cristiana del nuevo beato: «*Para Juan Pablo II, también durante sus últimos años, la amistad es algo serio y comprometido: el contacto con los amigos representa algo vital y cotidiano*» (44; además cf. 80-81, 119, 180-183).

El recorrido personal de Wojtyła le ha hecho percibir, desde su juventud y con gran claridad, que «*la Iglesia es el espacio de la libertad del hombre y que la experiencia espiritual es algo que no se puede suprimir*» (66; además cf. 93-94, 118). Además, gracias a su estancia de estudios en Roma y a sus primeros viajes por Europa el joven sacerdote «*ha apreciado un mundo eclesial, pastoral y espiritual más amplio que el polaco. Identidad cristiana y sacerdotal, pero también apertura a los otros y a las nuevas exigencias acompañan a Karol Wojtyła. Polonia y Roma son dos ejes geográfico-*

espirituales de su visión del mundo, mientras que Francia representa un terreno de encuentro entre la modernidad y el cristianismo» (78). Más adelante, Riccardi caracterizará la personalidad del beato Juan Pablo II en los términos siguientes: *«Identidad y apertura lo caracterizan en profundidad, haciendo de él al mismo tiempo un hombre de la tradición y de la experiencia contemporánea»* (141).

Para comprender el horizonte social y político del ministerio pastoral del obispo Wojtyła, y sus relaciones con el cardenal primado Wyszyński, son útiles las páginas dedicadas en el volumen a la posición de la Iglesia polaca respecto al régimen totalitario. Los obispos polacos, con los arzobispos de Varsovia y de Cracovia a la cabeza, eligieron la línea *«de la defensa tenaz de los espacios de la Iglesia y del contacto constate con el pueblo. Estamos ante una firmeza capaz de flexibilidad»* (132).

Tras la participación de Wojtyła en el Concilio Vaticano II y su sucesiva creación como cardenal, el futuro papa comenzó a ser ampliamente conocido en los ambientes universales de la Iglesia. A dicho conocimiento contribuyó en gran manera su participación y su aprecio por las asambleas del Sínodo de los Obispos (cf. 148-152).

A partir del capítulo V, el volumen comienza la descripción del pontificado de Juan Pablo II. Nos limitamos a señalar algunos de los trazos más característicos de la lectura de Riccardi.

Ante todo es necesario subrayar el acierto con que el autor afirma la imposibilidad de clasificar a Juan Pablo II según los esquemas de la alternativa “conservador-progresista” (cf. 160-167). Dicha imposibilidad, además, está justificada por la profunda vinculación del papa al Concilio Vaticano II (cf. 167-173).

Un segundo aspecto es la atención prestada al atentado del 13 de mayo de 1981. Tras presentar sumariamente los datos conocidos, el autor concluye afirmando la permanencia de un velo oscuro sobre el origen de la operación (cf. 199). Vinculado a este argumento, Riccardi afronta la visión martirial que Wojtyła tiene de su ministerio y de la vida de la Iglesia (cf. 218-219) y, al mismo tiempo, el nexo de dicha dimensión con el perdón concedido y con la petición de perdón, aspecto muy presente durante la celebración del Gran Jubileo del año 2000 (cf. 212).

En tercer lugar, cabe destacar que el largo arco de tiempo del pontificado de Juan Pablo II ha permitido al papa poner de manifiesto su posición tanto respecto al mundo occidental como al universo marxista, y esto antes y después de la guerra fría y de la caída del muro de Berlín. Respecto a Occidente, Riccardi presta una atención particular al “caso Italia”, ciertamente motivado por sus intereses personales, pero también por la importancia objetiva del catolicismo popular italiano, el cual puede llegar a ser un recurso modélico para otras situaciones. A este propósito el autor no calla sobre las incomprensiones con las que se encontró Juan Pablo II (Lazzatti, Martini...) ni sobre su deseo de encontrar nuevos interlocutores en los movimientos eclesiales (cf. 221-242, 490-491). Además, Riccardi insiste en que la propuesta de Juan Pablo II es, ante todo, una propuesta de evangelización (cf. 236), que quiere recorrer misio-neramente los caminos del hombre de nuestro tiempo (cf. 260 y 278).

Las páginas dedicadas a las relaciones con la administración estadounidense son iluminadoras, pues permiten reconocer la multiplicidad de argumentos en juego y la com-

plejidad de dichas relaciones: familia y vida, libertad frente al totalitarismo, compromiso por la paz y oposición a la guerra... Todas estas son cuestiones que impiden lecturas simplificadoras de las relaciones de la Santa Sede con los Estados Unidos (cf. 279-290).

Respecto al comunismo, Riccardi nos presenta con claridad la posición de Juan Pablo II: «*él declara improponible la alianza entre cristianismo y marxismo para la liberación del hombre*» (295). A partir de este principio fundamental, el autor afronta temas como el asesinato de Mons. Romero, y el puesto que ocupó su figura en la conmemoración de los mártires con ocasión del Gran Jubileo (cf. 296-299), y la teología de la liberación (301-306). No obstante, con una fórmula feliz, el autor expone la posición del papa en términos «*no de anticomunismo, sino de superación del comunismo*» (331). En este contexto, Riccardi no deja de señalar la importancia de la labor, también desde el punto de vista económico, que los Estados Unidos realizaron para sostener *Solidarność* y los movimientos de renovación que conducirían a la caída del muro.

Por último cabe señalar el hecho de que, con el paso del tiempo, Juan Pablo II se va perfilando como un líder global – este el título del capítulo X (cf. 378-411) – que no puede ser reducido funcionalmente a ninguna otra instancia política o social, como lo muestran sus batallas por los pobres y en defensa de la vida (cf. 515-523). Un líder que se compromete personalmente en la promoción de la paz. Pensemos en el conflicto entre Argentina y Chile, o en las guerras de los Balcanes, de Irak, de Ruanda, en el atentado del 11 de septiembre de 2011: «*El compromiso por la paz, que atraviesa todo su pontificado, asume en los últimos años el tono de un testimonio personal imprescindible*» (424). En este contexto, Riccardi se detiene en la consideración del encuentro del 27 de octubre de 1986 en Asís (cf. 458-460).

El volumen presenta también algunos aspectos problemáticos, sobre todo para los conocedores del desarrollo del pontificado de Juan Pablo II.

En primer lugar, es posible señalar cierta falta de rigor teológico que se puede percibir en la descripción de las relaciones ecuménicas, sobre todo con las iglesias ortodoxas, descripción que es más bien de carácter geo-político (cf. 397-405), o en el uso de términos como “concilio intercristiano” (cf. 410) o “colegialidad” (cf. 509) que parecen responder a un planteamiento jurídico y social más que a una visión teológica sobre la Iglesia y el episcopado. Un planteamiento que, curiosamente, encuentra en Dossetti y Alberigo – autores a los que Riccardi cita elogiosamente sin poner de relieve el carácter discutible de sus propuestas (cf. 17, 484 y 490) – conocidos inspiradores.

Un segundo aspecto, más evidente para quien conoce la vida de la Iglesia en estos últimos cincuenta años en Italia, lo constituyen algunas referencias enfáticas a la Comunidad de San Egidio y su entorno (cf. 366, 373, 407, 445, 460). En este punto Riccardi refleja con claridad su propia biografía.

En tercer y último lugar, a quien lee sorprende las numerosas citas a pie de página que dicen «*Coloquio del autor con...*», sin ninguna indicación sobre fechas o eventuales transcripciones de dichos coloquios, lo que impide cualquier tipo de verificación sobre la fuente, como debería poderse hacer, en cambio, en el ámbito propio de los estudios históricos. ¿Estamos ante recuerdos de Riccardi? ¿Son notas? ¿Había otras personas presentes en dichos coloquios? Son datos a los que no se tiene acceso.

A nuestro parecer, el presente volumen – cuya traducción española ya ha sido publicada: *Juan Pablo II: la biografía*, San Pablo, Madrid 2011 - constituye más que una biografía de carácter agiográfico, una presentación y una interpretación en clave prevalentemente socio-política (sin atribuir ningún sentido peyorativo al término) del pontificado del papa polaco. No nos parece, por tanto, que pueda ser presentada como propone el título de la obra, en términos de *La biografía*. Sin embargo, la lectura del libro será útil para los estudiosos del pontificado, sobre todo para aquellos que quieran profundizar en su importancia en el contexto de la transición entre el segundo y el tercer milenio. En este sentido creemos que la propuesta de Riccardi podrá encontrar también interés entre los no católicos.

Tanto ellos como los católicos podrán comprender fácilmente que, según el justo parecer de Riccardi, la línea de fuerza del pontificado se identifica con el reconocimiento de que «*su camino es la evangelización. En esta perspectiva cree en una religión popular capaz de conjugar las novedades del Concilio con la tradicional fidelidad a María y al papa (...) Se zambulle en esta obra en primera persona, como el “misionero” de la Iglesia. El papa, en efecto, llega a ser un gran predicador itinerante*» (312). Precisamente en este contexto se puede vislumbrar que «*el papa de la identidad cristiana y de la misión es igualmente el papa del diálogo y del encuentro. Más aún, está convencido de que una identidad sólida funda la misión, la cual también consiste en dialogar, reunir, favorecer la convivencia de los pueblos en paz. ¿Es una contradicción? Para buena parte de la opinión pública occidental lo es. No así para Wojtyła que, con palabras y gestos, interpreta de este modo la que considera la misión del cristiano: comunicar el Evangelio y ayudar a los hombres y a los pueblos a vivir juntos*» (466).

Gabriel Richi Alberti

Reseñas

RUBIO SADIA, J. P., *La recepción del rito francorromano en castilla (ss. XI-XII). Las tradiciones litúrgicas locales a través del Responsorial del Proprium de Tempore* (Monumenta Studia Instrumenta Liturgica 61; Libreria Editrice Vaticana, Ciudad del Vaticano 2011). 246 pp. ISBN: 978-88-209-8521-9

Juan Pablo Rubio Sadia es monje benedictino de la Abadía de la Santa Cruz del Valle de los Caídos (Madrid). Obtuvo el grado de Doctor en Teología litúrgica, bajo